

# La Europa del conocimiento

LA VANGUARDIA, Editorial, 24.11.08

LA implantación del llamado proceso de Bolonia ha provocado algunas protestas, muy minoritarias, entre los estudiantes y sigue suscitando prevenciones y un animado debate entre los profesores universitarios. La creación del futuro espacio europeo de educación superior es un proyecto de gran calado que trata de superar las fronteras estatales en beneficio del intercambio de conocimiento y la libre circulación de docentes, investigadores y alumnos, en un marco que favorezca la innovación, la mejora de la rentabilidad social de las inversiones educativas y el acercamiento de la sociedad y la esfera académica.

La universidad tiene un papel insustituible en el desarrollo de nuestras sociedades, como tradicional espacio del saber crítico y como entorno catalizador de energías y recursos para formar profesionales de alto nivel y desarrollar investigaciones de largo alcance, cuyo beneficio general no siempre puede ser inmediato ni finalista. Todas las universidades de los países de la Unión Europea hacen frente a esta reforma histórica que, a pesar de sus puntos más controvertidos, debe ser saludada como un paso de gigante y una apuesta por la modernización.

Caminar hacia un espacio universitario común obliga a una cierta armonización, lo cual rompe inercias y altera esquemas, a la vez que entran en crisis conceptos y herramientas usados hasta ahora. La convergencia de titulaciones, métodos, becas y sistemas de evaluación reclama una revisión a fondo de todo lo que se está haciendo, buscando la excelencia y la optimización de todos los circuitos y vigilando los riesgos de un incremento de la burocratización. De todo ello deberá salir,

tarde o temprano, un cambio de mentalidad de profesores y estudiantes. El camino es complejo pero su plausible objetivo merece orillar corporativismos y recelos, toda vez que se aborda un debate racional y tranquilo acerca de su concreción y de sus costes.

En este sentido, hay que recordar que las premisas del proceso de Bolonia reclaman más esfuerzo inversor por parte de los gobiernos, extremo que ahora choca con el general recorte presupuestario en el marco de la presente crisis económica. No obstante, y pensando más allá del contexto inmediato, todas las administraciones españolas, tanto la central como las autonómicas, están comprometidas con el éxito de esta iniciativa y ello coloca este asunto en prioridad alta.

Una universidad de calidad exige mayores aportaciones y mejores sistemas de aprovechamiento de los recursos. España, retrasada en relación con la media europea de inversión en este campo, no puede levantar el pie del acelerador, dado que el esfuerzo público en Educación no es algo que pueda comprenderse de manera aislada. Baste recordar que el indicador europeo de abandono prematuro de estudios señala que el 31% de los jóvenes españoles de entre 18 y 24 años no sigue sus estudios más allá de los ciclos obligatorios, frente al 14,8% del conjunto de la UE. Cuando se habla de los bajos niveles de instrucción, no se insiste lo bastante en la necesidad de prestigiar todos los niveles educativos, combatiendo sus eslabones más débiles.

Es imprescindible que las administraciones y las autoridades universitarias expliquen a la sociedad en qué consiste exactamente el proceso de Bolonia para que se disuelvan muchos malentendidos y rumores acerca de este proyecto, y para que la discusión acerca de su

implantación no esté dominada por los lugares comunes, las consignas fáciles y la demagogia, sino por la búsqueda de consensos que potencien la labor de profesores y estudiantes.